

**Kirsten Dietrich**

**Conversación con Christian Herwartz**

**Navidades 2004. RBB-Inforadio, Berlín**

Kirsten Dietrich: Navidades, un tiempo de abundancia y de exceso. Lo que centelleaba en las tiendas en las últimas semanas, cuelga ahora, en preciosos paquetes, del árbol de Navidad. O quizá no, pues en la República Federal crece la pobreza, la pobreza real o la sentida. Y esto es algo que no puede menos de dejar huella en las Navidades. Pues en Navidades parecen ir unidos el exceso, el bienestar, los buenos sentimientos y la espiritualidad.

Tengo junto a mí un invitado que está habituado a encontrar calor y espiritualidad, o simplemente a “Dios”, en sitios habitualmente insospechados. Christian Herwartz, jesuita, sacerdote, oficial tornero, trabajó mucho tiempo en la Siemens y vive desde hace 25 años en una comuna en Kreuzberg; dicho un poco sin matices, en una comunidad de vida con una peculiar aspiración.

*Sr. Herwartz, ¿cómo celebran las Navidades en una comunidad de vida que se propone orientarse más bien a los marginados de la sociedad?*

Christian Herwartz: Sin saber cómo. Nunca sé cómo celebrar Navidades. Hay que verlo cuando se está ya metido, pues esta situación social a la que hacía alusión al comienzo, a menudo imposibilita percibir en qué consisten las Navidades.

*D.: Concretamente este año, ¿qué significa eso? ¿No compra nada, ningún regalo, no hay árbol de Navidad?*

H.: No, sólo una vez tuvimos un árbol de Navidad, cuando vivía con nosotros una familia de refugiados. Vivimos con musulmanes y con cristianos, y con no cristianos, sería más bien un engorro. Lo importante es que nos miremos a los ojos, que comamos algo juntos, que acudamos allí donde hay necesidad. Que no tiene por qué ser en nuestra casa.

*D.: Para Ud. la Navidad ¿es una fiesta donde con medios limitados se recibe una cierta plenitud o más bien un tiempo en que se aparta conscientemente de todo el exceso que está ligado justo a esta fiesta?*

H.: Sé más bien lo que no es: no es una fiesta de puertas cerradas. No es la posada que rechazó a José y a María y les remitió a un establo, cuando ella venía de Nazareth a punto de dar a luz. La posada cierra la puerta. Con frecuencia siento las celebraciones navideñas como la vida en una posada que no tiene sitio, donde no hay lugar para sorpresas. Y yo pienso que Dios sólo puede ser percibido en nuestro medio incomodando. Si en Navidades no me abro a un incomodamiento, entonces no sé cómo celebrarlas.

*D.: Es decir, ¿puede cualquiera llegarse donde Ud. en Navidades?*

H.: Bueno, no somos una institución que deje de algún modo la puerta abierta, somos una vivienda normal. Pero está claro que si llega alguien inesperadamente, se pone en marcha la Navidad.

*D.: ¿Cuál ha sido la visita navideña más sorprendente que Ud. recuerda?*

H.: El último año me di cuenta de pronto, por la tarde, de que llevaba dos días sin venir alguien que venía a menudo, y se me ocurrió: ¿Si estuviera enfermo? Entonces le busqué y estaba enfermo. Le dije: “Oye, tenemos la comida preparada, ¿no quieres venir?”. Se levantó y vino conmigo. Por el camino pasó algo muy importante. Me dijo que cumplía los cincuenta y que sentía no poder celebrar este cumpleaños, por no tener dinero. Yo le dije: “¡Pero bueno! Entonces vienes simplemente a desayunar y traes para obsequiar a tus invitados. Era alguien a quien en realidad en todas partes rechazaban. Pues bien, vinieron 50 personas al desayuno para su quincuagésimo cumpleaños. Pienso estar abierto a estas cosas y a percibir cómo está ocurriendo realmente la encarnación<sup>1</sup>. No se trata de una idea abstracta, del lenguaje eclesiástico, sino que podemos vivir esa encarnación. Le pregunto a Ud.: ¿Qué significa para Ud. “encarnación”?

*D.: ¿Qué significa para Ud. “encarnación”?*

H.: Está el nivel en que se da un apoyo mutuo, en que se hace algo, pero para mí se trata propiamente de un nivel último, una consecuencia. La encarnación brota en mí cuando puedo

---

<sup>1</sup> En alemán *Menschwerdung*, hominización, es el término que se usa en el lenguaje religioso para “encarnación” (N.del T.)

asombrarme de lo que ocurre, cuando acojo el regalo, cuando veo algo, por ejemplo un crío, o cómo las personas hacen algo que me provoca admiración. Pero más abajo está el nivel de entrada en el no saber, por decirlo con los budistas. De entrada por tanto allí donde no sé, donde me lleno de anhelo. Allí donde no soy el entendido, donde entro ante un otro mayor que yo. En último término se trata de Dios, ante quien me pongo, al que no puedo encerrar en mi círculo mental; entrar ante ese otro de uno mismo, ante alguien nuevo, es encarnación, me vuelvo persona.

*D.: ¿Al encontrarse con lo que no se puede planificar de antemano?*

H.: Exacto, lo que no se puede planificar. Nosotros hacemos ejercicios e incluso cursos algunas veces al año, donde vamos a esa manera de ver y lo llamamos: “Quitarse el calzado”. El calzado, pues, que nos protege del entorno y que nos eleva un poco. Simplemente quitarse alguna vez ese calzado y de repente el mundo parece muy distinto.

*D.: Buscar tales encuentros, eso inesperado, se lleva a cabo muy en concreto a través de los llamados “Ejercicios en la calle”. Un encuentro en fe, pues, no precisamente en algún despacho confortable, ni tampoco en alguna iglesia, sino donde sea en la calle. ¿Qué hay detrás de eso, qué clase de actividad es?*

H.: Podemos recordar una historia de la Biblia judía. Moisés, un pastor que cuidaba sus ovejas en el desierto, vio en mitad de su trabajo algo que le extrañó. Lo describe diciendo que una zarza ardía sin quemarse. Ahora, con distancia, podemos decir que eso es amor. El amor arde sin quemarse. Fue hacia esa zarza con curiosidad y allí le dicen: Descálzate. Siente la tierra que pisas, pues alguien quiere hablarte allí. Este es precisamente el consejo: Id por las calles y mirad qué es lo que mueve vuestro corazón y os hace deteneros.

*D.: ¿No hay más descripciones, más medios de ayuda?*

H.: No, hay muchos relatos. Uno se fue al hospital, a la maternidad, y ante el cristal donde los bebés empezó de repente a llorar. Posteriormente, tras dos o tres días se da cuenta: Es traer a la memoria el niño que nació muerto hace 18 años, un recuerdo que había quedado reprimido y que ahora reclama sanación. Y de hecho quedó sanado de ese trauma que llevaba, alrededor del cual había levantado siempre una barrera. Cada cual tiene su propia historia. Uno la encuentra entre drogadictos, otro en la mezquita, otro en el comedor de pobres, donde no acude entre los voluntarios, sino en la cola de quienes piden comida.

*D.: Entonces ¿no se trata de hacer el bien y mejorar así como persona?*

H.: Exacto. Eso me parece una tergiversación total de la fe. Hacer el bien no es aún creer. Hacer el bien, puede que sea una consecuencia del creer, de esa encarnación, de ese entrar en el no saber, en el asombro. Pero no es aún eso que nos convierte en humanos; hacer el bien, es acción. Una acción importante para el hombre, está bien, pero no es el núcleo de la encarnación.

*D.: Y ¿cómo impedir entonces que surja una fe, que sólo gire en torno a la propia persona y quede así como muy ligada a sí misma?*

H.: A mí me parece que en realidad uno no tiene que hacer nada, sino dejar la puerta abierta, descalzarse. Cada cual tiene una imagen distinta con la que llega a asumir realmente la sorpresa que está en la vida. Me tengo que poner en camino y percibir desde lo más íntimo hacia dónde. Esos lugares adonde voy me suponen una gran ayuda, simplemente por ir a lugares de los que yo quizá no era consciente de la ayuda que son en mi vida. Por ejemplo, sentarse entre gente sin techo y notar qué miedo tengo a volverme como ellos, cómo eso me bloquea y cuántas decisiones tomo por miedo a quedarme sin hogar; y luego poco a poco, al ir soltando ese miedo, me encuentro en mejores condiciones para escuchar cómo Dios quiere salir a mi encuentro justo a través de personas que carecen de hogar. Esto está perfectamente claro, lo ha dicho Jesús con toda nitidez: “Me disteis de comer y de beber. Me alojasteis, me visitasteis cuando estaba enfermo o en la cárcel. Esta presencia de Jesús o de Dios entre nosotros es factible, sólo tenemos que ponernos en camino. Preguntar: “¿Dónde me estabas esperando?”.

*D.: ¿Cómo reaccionan esas personas a las que se visita? ¿No se sienten explotados por un cierto afán de autoexperiencia por parte de gente a la que en realidad les va mucho mejor que a ellas y que luego de esa semana volverán de nuevo a su vida asegurada?*

H.: Estos ejercicios también los hacen vagabundos. No está restringido a gente que tiene las condiciones de vida aseguradas, sino que se hace con total apertura. A menudo no saben adónde dirigirse y entonces preguntan sin más a un mendigo o a cualquier otro: “Oye, ¿a dónde me dirijo? Estoy buscando a Dios”. Estas conversaciones son fascinantes. No es que se impongan, pero a veces alguien sin techo pregunta: “¿Qué te trae por aquí?” “Busco a Dios”. La respuesta puede ser: “Cuando te miro a la cara, le estoy viendo”; o bien: “Yo iría donde el consultorio para drogadictos. Creo que le encontrarás.” Así las personas participantes se dejan conducir hacia ciertos lugares, por impulsos internos pero también externos, y más tarde cuentan lo que allí han vivido.

*D.: ¿Existe algo así como una peculiar espiritualidad de la pobreza?*

H.: Pienso que cuando en el evangelio se dice: “Bienaventurados los pobres”, lo que quiere decir, al menos para mí, es: Bienaventurados los que ante Dios no actúan como si fuesen maravillosos, los que son capaces de desprenderse de todos esos roles de los que dependemos, los que ante Dios no juegan ningún papel, sino justamente el ser pobres. Con eso no se hace referencia sólo a una pobreza material, que naturalmente también nos puede alzar muros, sino también las muchas otras cosas donde creemos ser mejores que los demás. Ante la vida, ante el Dios hecho hombre, eso no cuenta nada. Y quien hace un poquito de camino en esa dirección, quien se pone en marcha por esa vía del desprenderse, de la pobreza, experimenta un regalo. Esta ha sido mi experiencia a lo largo de toda mi vida.

*D.: ¿Por qué a pesar de ello hay tan pocos representantes oficiales de la Iglesia, tan pocos párrocos y sacerdotes, que salgan realmente de sus iglesias y entren en el mundo vital y laboral de las personas?*

H.: Es una pregunta difícil, en otros países no ocurre lo mismo. Allí está plantada nuestra Iglesia con esa riqueza, con el impuesto eclesiástico, etc.; es una tara de los alemanes. En la Iglesia universal es un poco diferente, incluso en la comunidad a la que pertenezco, muchos van afuera. No quizá al trabajo manual, pero van afuera y trabajan en diversos lugares sociales, en escuelas, entre refugiados, en la cárcel, porque es importante descubrir allí a los hombres, a Cristo donde está, no sólo en una iglesia o para los católicos sobre todo en un sagrario, que en definitiva es una cárcel, sino descubrirlo en la vida. Yo no digo que no esté en la iglesia. En Dios no se da lugar alguno donde no esté. Pero se trata de abrir los ojos para verle por todas partes, allí donde cada cual le puede descubrir.

*D.: Las Navidades, tiempo de derroche externo, ¿son para Ud. una época penosa?*

H.: No me resulta tan penoso, puesto que ya no me irrita tanto. Antes sí que me irritaba. Preferiría que esta fiesta del 24 de diciembre fuese suprimida y se volviese a celebrar la Navidad como era originalmente, el 6 de enero, que la Iglesia oriental sigue celebrando. Es decir, cuando Jesús se hace visible en el templo, cuando se hace patente, cuando comienza a actuar en la sociedad. Espero que podamos resistir a la tentación en que venimos cayendo en los últimos 150 años aquí, en nuestro occidente capitalista, de tener encerrado a Jesús en una mentalidad de familia estrecha, que le pongamos de nuevo en libertad para poderle encontrar libremente. Pues la historia navideña de la encarnación de Dios no es el soporte de un orden de posada cerrada, sino que justamente se abre hacia fuera. Y en cada persona que excluimos, pienso –o mejor estoy seguro– que excluimos también a Jesús.